

Caperucita Roja

Había una vez una graciosa y simpática niña a la que todos llamaban Caperucita Roja. Este nombre se debía a que llevaba una preciosa capa roja con capucha del mismo color.

Un día, la mamá de Caperucita preparó una cesta con un tarro de miel, un pastel y algunas frutas. Después llamó a su hija y le dijo:

—Caperucita, tienes que ir a llevar esta cesta a la abuelita, que está enferma.

—De acuerdo, mamá.

—Pero prométeme que no te vas a entretener por el camino y que vas a tener mucho cuidado al cruzar el bosque. Ya sabes que el lobo anda por ahí.

—No te preocupes, mamá —dijo la niña.

Y Caperucita se alejó de su casa canturreando una alegre cancioncilla. Al poco rato llegó al bosque. “¡Qué preciosas flores! Juntaré un ramo para mi abuelita”, se dijo.

La niña se puso a juntar las flores. De repente...

—¡Hola, Caperucita! ¿Qué haces tú por aquí? —dijo el lobo feroz.

—¡Ah, hola! Es que voy a ver a mi abuelita, que está enferma —contestó la niña.

—Muy bien, así me gusta. Eres una niña buena. ¿Vas a seguir por este camino?

—Sí. Siempre voy por aquí. ¿Por qué? —dijo Caperucita.

—Porque has de saber que este camino es el más largo. Es mejor ir por este otro.

—¿Sí? —preguntó extrañada la niña.

—Sí. Hazme caso, niña. Llegarás antes —mintió el lobo. Y se alejó de allí a toda prisa.

Caperucita hizo caso al lobo. Mientras tanto, éste echó a correr para llegar a casa de la abuelita antes que ella.

Poco después el feroz lobo estaba llamando a casa de la abuelita.

—Pasa, hijita, pasa. La puerta está abierta —dijo la abuela creyendo que era su nietecita.

Entonces, el lobo entró en la casa, se abalanzó sobre la anciana y se la tragó de un bocado. A continuación se disfrazó con sus ropas y se metió en la cama.

Minutos después, Caperucita empuja la puerta y entra en la casa de su abuela.

—Abuelita, ¿cómo estás? Mira, he recogido estas flores en el bosque para ti y te traigo esta cesta de parte de mamá.

—Gracias, hijita —dijo el lobo intentando disimular su vozarrón.

La niña encontró muy extraña a la anciana y, muy cerca de la cama, con sus ojos muy abiertos, la observaba con atención.

—Abuelita, abuelita, ¡qué orejas más grandes tienes!
—exclamó Caperucita.

—Son para oírte mejor —contestó el lobo con una forzada sonrisa.

—Abuelita, abuelita, ¡qué ojos más grandes tienes!

—Son para verte mejor, hijita.

—Abuelita, abuelita, ¡qué nariz más grande tienes!

—Es para olerte mejor —dijo el lobo mientras empezaba a olfatear a la niña.

—Abuelita, abuelita, ¡qué manos tan grandes tienes!

—¡Son para tomarte mejor! —dijo cerrándolas con fuerza.

—Abuelita, abuelita, ¡qué boca tan grande tienes!

—¡Aaaj! ¡Es para comerte mejor! —gritó el lobo con su gran boca abierta mientras saltaba de la cama.

Caperucita echó a correr perseguida por el malvado animal.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude! —gritaba la niña.

No pudo seguir gritando por mucho tiempo porque el lobo la alcanzó y se la tragó de un bocado.

“¡Mmm...! ¡Qué ricas estaban...! ¡Ha sido una estupenda cena!”, se dijo.

Tras el banquete, el lobo se quedó profundamente dormido en el bosque.

Pero los gritos que había dado la niña llegaron a oídos de un leñador que estaba cerca de allí. El buen hombre se irguió sin perder un momento hacia la casa de la abuela y Caperucita. Vio la puerta abierta y la cama desordenada y decidió dar una vuelta por los alrededores.

No tardó en encontrar al lobo dormido como un tronco y con una barriga hinchada como un globo.

El leñador imaginó lo que había ocurrido y, muy decidido, con su navaja abrió la tripa del animal. De allí salieron, como si nada hubiera pasado, Caperucita y su abuelita. Las dos se abrazaron y dieron las gracias al buen leñador que les había salvado la vida.

En cuanto al lobo, gravemente herido, huyó de allí y nunca más se le volvió a ver por aquel bosque. Parece ser que se le quitaron las ganas para siempre de molestar a las abuelitas y a sus nietecitas.